

# Juan Carlos Rodríguez y las lecturas de nuestra vida\*

**Maria Ayete**

*Universidad Internacional de La Rioja*

Seis años después de la muerte de Juan Carlos Rodríguez —sin duda el mejor de nuestros pensadores marxistas y uno de los más destacados teóricos y críticos de la literatura española de las últimas décadas—, la editorial Akal publica su hasta entonces inédito *Freud: la escritura, la literatura*, un estudio dedicado, *grosso modo*, a analizar el modo en que el inconsciente ideológico se enlaza con el aparato psíquico, es decir, con el inconsciente libidinal.

De acuerdo con Rodríguez, la vida tiene dos lugares de existencia, uno transhistórico (horizontal) y otro histórico (vertical): el primero —el transhistórico— es el paso de la no-psiquis a la psiquis (en otras palabras, el paso de animal a persona); el segundo —el histórico— tiene que ver con esa persona en tanto que ser social, en tanto que animal ideológico. Dos inconscientes, el libidinal (Freud) y el ideológico (Marx). Para que nos entendamos: la pulsión sexual es transhistórica, por ejemplo, mientras que el amor es un invento histórico (varía según la formación histórica de la individualidad de la que estemos hablando). Si he usado los términos «primero» y «segundo» ha sido por razones puramente prácticas, una cuestión de mera inteligibilidad. Digo lo anterior porque la realidad es que el paso del animal

\*Reseña de: Juan Carlos Rodríguez, *Freud: la escritura, la literatura (inconsciente ideológico e inconsciente libidinal)*, Madrid, Ediciones Akal, 2022, 351 pp.



sin psiquis al animal con psiquis (social/ideológico) está siempre ya dado, aunque no termina nunca, de ahí la marca, la herida llamada *Inconsciente* en nuestro cuerpo, que a veces dominamos (suturar) y otras nos domina (saturar). Dos formas del yo, entonces (que son en el fondo una): el yo libidinal y el yo histórico. ¿Independientes? No, por supuesto (son, decíamos, en el fondo una). ¿Por qué? Porque el yo libidinal —nos dice Freud— es tan solo humo, no existe

sino en proceso, o porque este yo libidinal —nos dice Rodríguez— está desde siempre ya atrapado por el yo histórico, *id est*, configurado por el inconsciente ideológico surgido de las relaciones sociales que le son propias a un modo de producción concreto (en nuestro caso, el del capitalismo)<sup>[1]</sup>.

El proyecto de Freud no es otra cosa que el estudio de la maquinaria en virtud de la cual pasamos de animal a hombre/mujer, el estudio del yo psíquico y sus manifestaciones. Sin embargo —aquí no terminó de llegar jamás el padre del psicoanálisis—, no hay manifestación sin «expresión», y cualquier expresión está determinada desde ya por los inconscientes que la (nos) habitan (somos seres ideológicos, luego ni miramos, ni pensamos, ni hablamos desde/en el vacío...). El proyecto de Rodríguez en este ensayo es, por su lado, explorar cómo confluyen el yo libidinal y el inconsciente ideológico que lo atrapa, o sea, profundizar en la forma en que nos construimos como personas (el problema —o la imposibilidad— para decir «yo soy», las contradicciones...) a través de un recorrido por las teorías de Freud y un análisis de su epistolario privado, un modo este último de vislumbrar (y demostrar) el juego de espejos de estas dos realidades: los embates del inconsciente psíquico configurados por la presencia de la escritura del inconsciente ideológico.

Quien se pregunte qué pinta en todo esto la literatura acierta de lleno. A fin de cuentas, el título del ensayo es el que es, ¿no? *Freud: la escritura, la literatura*. Bien, la literatura pinta, sí, y pinta mucho, tanto en este libro como en la teoría general de Rodríguez. Que la última parte del ensayo esté dedicada a las cartas de Freud no es, en este sentido —ni en ningún otro— casual. La li-

teratura, tal y como la conocemos todavía hoy, es un invento burgués para presentar como ya resueltas las contradicciones entre la imagen del yo-soy libre que nos devuelve el espejo capitalista en el que no tenemos más remedio que mirarnos/identificarnos/reconocernos y las condiciones reales de existencia (la explotación). En una palabra: el terreno discursivo en el que tratamos de individualizarnos. No me extendo mucho: cada modo de producción (conocemos tres: el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo) segrega sus propios términos para aludir a sus condiciones particulares de explotación. En el esclavismo, esclavo/amo; en el feudalismo, siervo/señor; en el capitalismo, sujeto/Sujeto. Al contrario que en las dos primeras matrices, en el capitalismo, la diferencia entre explotados y explotadores se reduce al cambio de una letra minúscula por su versión mayúscula. ¿Por qué? Porque la libertad es la condición indispensable para que el capitalismo funcione, o sea, para que el sujeto se constituya como sujeto, así que todos somos libres (sujetos), solo que —ay, no lo vemos, pero...— unos explotadores y otros explotados. El capitalismo libera al siervo de su sujeción a la tierra, al amo y a Dios: el individuo abandona el campo para irse a la ciudad y trabajar para quien más le pague. La libertad que otorga el capitalismo es en este sentido *real*, en la medida en que supone una ruptura con el servilismo. No obstante, esta libertad tiene un doble filo (el *fantasma*), porque entra radicalmente en contradicción con el corazón del sistema capitalista: la explotación. El capitalismo, entonces, nos explota mientras nos dice que somos libres (libres para vender nuestra fuerza de trabajo —nuestra vida— al mejor postor, libres, en definitiva, para ser explotados). La literatura, en esta línea, ha servido (y sirve) como máquina reproductora (legitimadora) de la ideología dominante: no escribimos en/desde el va-

1.- En efecto, y como sostiene el propio Rodríguez, «el neurótico no habla en el vacío sino [...] sólo a través de las figuras del inconsciente ideológico establecido en cada momento, en cada coyuntura histórica» (81).

cío, sino en/desde un lleno, que es el del inconsciente ideológico (capitalista) que nos configura y que nos insta a *creernos* libres, luego es en la literatura donde quedan registrados los intentos de decir «yo soy», los intentos de salvar (de suturar) la contradicción libertad/explotación que nos atraviesa en tanto que sujetos capitalistas.

La complejidad de todo esto es, creo, más que evidente, a pesar de que huelga confesar la reducción (que es siempre una simplificación) a la que me obligan el espacio del que dispongo y el objetivo, primero y último, del género al que pretendo se adscriba este texto. A los lectores y lectoras cuya primera aproximación a la obra de Juan Carlos Rodríguez sea este ensayo les recomiendo encarecidamente prestar atención al estudio introductorio del profesor José Luis Moreno Pestaña, porque en poco más de cuarenta páginas consigue, haciendo gala de una lucidez envidiable,

por un lado contextualizar el pensamiento de Rodríguez y, por el otro, poner en órbita sus nociones fundamentales (modo de producción, radical historicidad, inconsciente ideológico...). A los y las ya iniciados/as no les aconsejaría nada distinto, en realidad, puesto que la vastedad y, sobre todo, apertura de una teoría filosófica y literaria como la desplegada por Rodríguez no está nunca exenta de ejercicios de este tipo.

Acercarse a Juan Carlos Rodríguez es siempre abrir ventanas a una manera *otra* de mirar, que no es sino una manera *otra* de leer. Esta publicación última nos invita a atender a los distintos horizontes de lectura de nuestra individualidad («lecturas de nuestra vida», las denomina él), que no son en el fondo sino caminos hacia un mismo fin, el del inconsciente ideológico que nos configura; el de la literatura como expresión excepcional (porque es íntima) de nuestra individualización.